

LA MODA.

REVISTA SEMANAL DE LITERATURA, TEATROS COSTUMBRES Y MODAS.



Este periódico se publica todos los Domingos. En el número 1.º de cada mes se reparten cuatro láminas, representando,

unas, las últimas modas de París, otras, Patrones para bordados, cortes de vestidos, etc., ó bien lindos dibujos de tapice-

ría ó de Crochét. Precio de la suscripción 9 reales al mes, lo mismo en Cádiz que en los demás puntos de la península.

SUMARIO. = *Teatro del Balon*, por D. Francisco Flores Arenas. = *¡No hay gaditanas!* por D. Sebastian de Mobellan. = *Cántico á la Virgen.* = *La casa de Rocaforte.* Novela original por Doña Felicitas Asin de Carri-
llo. = *Correspondencia.* = *Geroglífico.*

TEATRO DEL BALON.

EL RELAMPAGO.—EL DIABLO EN EL PODER.

Zarzuelas en tres actos.

Segun se dice de público el Principal se halla ahora atravesando una de sus habituales crisis; pero crisis tal que parece ha dado al traste con el orden de cosas allí existente, sin que hayan sido poderosas para salvarle de su ruina las payasadas soeces é indecentes de D. Crispin. La situacion zarzuelesca creada allí en la última Pascua se ha hundido en fango, como era natural puesto que en fango se metió, y se ha hundido bailando el vito y cantando el buñuelo. La funcion que precedió á su agonía terminó á la una de la noche; hora fatídica, hora de horripilante melodrama, hora en la cual salen de sus guaridas y escondrijos los espectros aterradores y las sombras no vengadas. Estos espectros y estas sombras eran el buen gusto, el decoro escénico, la moral pública y el respeto al pudor, asesinados sin piedad en aras del interés.

Pero apartemos la vista de este hediondo espectáculo, y digamos algo del otro teatro, del humilde y poco mimado Balon, donde no se prodigan las flores, donde no alcanzan nunca las coronas de oro; pero donde en cambio no penetra la mortífera influencia de los *clagues*, que acaban siempre por matar á las empresas

tarde ó temprano, y donde un público de buena fé aplaude ó no segun sus propias impresiones, pero sin pretender por eso hacer creer á nadie que los artistas á quienes aplaude son émulos en lo dramático de la Ristori ni en lo lírico de la Alboni ni de la Gazzaniga. Posee, cuando menos, la virtud de la modestia y de la falta de pretensiones, y esta virtud se comunica frecuentemente á sus artistas.

En este teatro, pues, se han puesto recientemente en escena dos zarzuelas, ambas nuevas en Cádiz, y de las cuales vamos á ocuparnos, no en el orden en que se han egecutado, sino en el orden en que nosotros las hemos visto.

El relámpago no es ni mas ni menos que *El fuego del cielo*, drama años ha traducido y años ha egecutado aquí, como en todas partes. El Sr. Camprodon no ha tenido, por tanto, que calentarse mucho la cabeza, y ha hecho muy bien. Ha escrito antes de ahora dramas originales que le han dado honra y provecho, pero que ya no le dan ni una cosa ni otra, porque no se egecutan, especialmente en las provincias. ¿Quién se los representaria? La zarzuela se ha tragado al drama, y el actor tímido ó concienzudo que no se arroja hoy á echar su copla ó á soltar aunque sea un rebuzno en una pieza concertante, ese puede estar seguro de que no hallará quien lo ajuste ni por media docena de reales. Este autor, como otros muchos, se ha lanzado al fácil y utilísimo camino de los arreglos, producto de uno de los cuales es, como llevamos dicho, *El relámpago*.

La música de esta zarzuela es muy agradable en lo general, pero las verdaderas piezas no bastarian para levantarla á no ser por los coros de los negritos, que con sus tangos, sus sopimpas y sus gesticulaciones hacen reir grandemente y entretienen al público, al que, como es natural, agrada en extremo la origina-

MAYO.

43

lidad característica de aquellos cantos y de aquellos bailes tan mímicos y tan graciosamente extravagantes. Bien ejecutados, han sido siempre muy aplaudidos, logrando los mas de ellos los honores de la repetición.

¿Y qué diremos de su desempeño? Que en la parte cantada escedió del regular; pero que en la dramática sucedió lo que es preciso que suceda siempre aquí y en todas partes á las zarzuelas, porque el mal está en la organización misma del espectáculo. En este punto es indispensable cerrar los ojos y pasar por todo, mediano con malo; pero siempre estableciendo la diferencia que existe entre resignarse á lo que se nos puede dar y aparecer altamente satisfechos de lo que se tiene; entre decir que un cantante no educado ni con medios para actor merece cierta indulgencia, so pena de pedir gollerías, y proclamar á esos mismos cantantes, dado el supuesto de que en efecto canten, como eminentes, distinguidos, recomendables, ó cuando menos *simpáticos* artistas.

El éxito de esta zarzuela, como ya hemos apuntado, ha sido en extremo satisfactorio, puesto que ha producido algunos llenos y muchos aplausos, siendo de esperar que le estén reservados no pocos mas.

La segunda de las zarzuelas es la titulada: *El diablo en el poder*, que nos ha parecido valer en todos conceptos muchísimo menos que la otra. Lo no poco que dió que hablar en Madrid cuando su estreno debióse sin duda á la importancia no merecida que le dieron prohibiciones poco prudentes y mal meditadas; pero que por fortuna duraron poquísimo tiempo, con lo cual, privada la zarzuela de este aliciente que en sí no tenía, apareció tal cual era, es decir, demasiado simple para poder ser ofensiva, así como demasiado vulgar para ser en ningún repertorio otra cosa que una zarzuela de esas de munición cantable.

Tampoco en esta se ha cuidado el autor de discurrir un argumento. ¿No es mucho mas fácil y menos fatigoso el apoderarse de uno ageno cuando mercantilmente produce lo mismo? Esta vez le tocó el despojo á *La part du diable*, ópera francesa.

Supónese la accion en tiempo de Felipe V., y esta es una de las variaciones hechas en la zarzuela española. No hay que decir, pues se trata de esta época, que ha de figurar en primer término la célebre María Ana de Tremoille, viuda del príncipe Flavio Orsini, y que en la historia del primer Borbon de España es conocida con el nombre de princesa de los Ursinos. Esta camarera mayor, favorita de la reina María Luisa de Saboya á quien domi-

naba, y por su intermedio al rey, aparece muy formalmente ocupada en tratar el casamiento de la hija del ministro conde de Montellano con el embajador de Francia Aubigni, y esto porque era cómplice suyo en el empeño de someter al rey Felipe á la influencia dominadora de su augusto abuelo Luis XIV, cosa que el no menos augusto nieto rehuía. Las cartas dirigidas por el monarca francés á su agente femenino en Madrid, constituían las pruebas fehacientes de esta trama, y la princesa, con una candidez digna de una niña de aldea, entrega los dichos documentos á Aubigni, quien no menos tonto que ella los esconde debajo del tercer ladrillo de su cuarto. Nosotros tendríamos curiosidad de ver el plano topográfico del cuarto del embajador para calcular la posición de aquel tercer ladrillo. Al mas pintado le damos el que lo averigüe.

Estas conferencias diplomáticas y estos secretos de estado se trataban, no en ninguna cámara reservada, sino en el patio de un convento de monjas, y sentadas las altas partes contratantes debajo de un árbol, en cuyas ramas se habia encaramado, no á cojer nidos sino á cojer un pañuelo, D. Antonio de Ubilla, mozo listo, ambicioso, sin una peseta, pero con una gran dosis de osadía, no menos que de amor á la hija del conde de Montellano, educanda pollita de aquel convento.

Valiéndose de una treta aventurada logra Ubilla levantar el famoso tercer ladrillo y apoderarse de las no menos famosas cartas, con las cuales tiene en continuo jaque á la princesa, mientras por otros medios logra introducirse con el rey, alcanzando de él que destituya y haga salir desterrado al ministro su futuro suegro. No pára aquí, sino que pretende sustituirse en el ministerio, lo que al fin consigue con la ayuda de la princesa, vencida de la generosidad con que le devuelve las cartas. Por via de adehala se le da tambien un título y la mano de Elisa.

Pero se nos preguntará: ¿y el diablo que da nombre á la zarzuela?

Ese diablo es el mismo Ubilla que se finge tal para embromar al conde del Sauce, personaje tonto y puramente episódico, no menos que lo es Enriqueta de Ubilla, hermana del primero y novia del segundó. Es un diablo traído por los cabellos y que solo sirve para hacer llamativo el título de la zarzuela.

Toda ella está empedrada de términos pertenecientes á la actual gerigonza política. Se tropieza á cada paso con crisis y con situación, y con programas, pero nunca se tropieza ni con la verdad histórica ni con las costumbres de aquella época.

La música viene á valer poco mas ó menos lo que el argumento.

La egecucion no mala. Los aplausos regulares. La cancion cantada por el Sr. Pastor fué repetida.

FRANCISCO FLORES ARENAS.

¡NO HAY GADITANAS!

Erase la fiesta de un pueblo.

Y como el alcalde preguntase al cura si tenia preparado sermon, y este le contestase que no, irritóse el alcalde; y encarándose con el cura, le dijo:

—Pues señor mio, la misa va á emprenciar: la gente tié pácision de oir las preces de su santo patrono; conque encompongaselas como puea, que la cosa no es pá ejarse asi como cuerda de ajustisiao.

Dicho lo cual, fué á sentarse en su sitio.

El cura, que de lerdo nada tenia, y que para tales apuros se pintaba solo, (era de Chiclana) dijo para su capote:—¿Sermon quereis? pues sermon habrá: y dirigiéndose al púlpito, púsose acto continuo en oracion, y arreglóse del mejor modo posible para principiar sus alabanzas.

Y así fué.

Aun no habia transcurrido un rato, cuando levantándose sobre el púlpito y estendiendo los brazos cuan largos eran....

—Miradlo, miradlo, exclamó dirigiéndose á su auditorio: mirad á vuestro santo patrono como parece prestar atencion á vuestras súplicas: como parece acoger vuestras oraciones con el amor de un verdadero padre, con el cariño de una persona de vuestra familia.

Ya el año pasado os expliqué una por una todas sus virtudes: uno por uno todos sus milagros: y como de entonces acá, no ha vuelto á hacer ninguno, doy fin á mi sermon, asegurándoos con toda mi fé, que si hace alguno, tiempo me ha de faltar para contároslo.

Y descendiendo de la tribuna, dejó á público y alcalde pasmado con su elocuencia, ó por lo menos aturdido con su impavidez, que no otra cosa podia inspirar, rasgo arrancado de tal manera por tan perentoria necesidad.

¿Y á qué viene esto? me direis.

¿A qué viene?

A pelo, como decirse suele: puesto que haciendo tres dias estoy en Cádiz, habeis dicho ni mas ni menos lo que el cura del santo.

Amigas nuestras: recordais unas *Revistas de Madrid* que nos escribia y á veces dedicaba

un señor *Mobellan*, y las cuales acojiamos con sobrada, sobradísima indulgencia? ¿Sí? pues habeis de saber, que habiéndolas suspendido por la tontería de viajar, nada hemos sabido de él, cosa que nos tiene sin cuidado; aunque sin embargo, si vuelve á escribirlas, ya os lo diremos, á fin de que volvais á dignaros repasar sus mal compajinadas fruslerias.

Lo veis? olvidado, olvidado, y nada menos que por vosotras; por vosotras, ángeles del paraíso, capaces de endulzar con vuestro encanto las mas amargas corrientes de la vida.

Flejias, por immortalizarse, pegó fuego al templo de Apolo en Delfos: condenósele á tener eternamente suspendido un monte sobre la cabeza, amenazando aplastarle: ¡feliz yo, si como Flejias, pudiese al sufrir su tormento, beber la tranquilidad en el purísimo cielo de vuestros ojos! que dicha mayor no me fuera dable hallar, ni aun en el cielo del paraíso.

Ah! pero vosotras sois ingratas: sois traidoras, como todo aquello que tiene por complemento la hermosura.

Orfeo perdió á Euridice.

Y su cabeza errante de mar en mar, de rio en rio, gritaba todavía en la orilla de Lesbos con desesperada agonía.

¡Ah miseram Euridyce, ánima fugiente vocavat!

Yo aun no os habia perdido.

Pero mi alma, errante de pueblo en pueblo, de mar en mar, detiénese por fin en las orillas de vuestras aguas: y alzando su vuelo os grita con amorosa ilusion:

Ah gaditanas mias! mi espíritu ansioso os reclama: venid á mí.

Silencio por todas partes.

Los ecos de la ciudad no responden: el mar calla: los espacios reposan! Santo Dios; será que las hijas de Leviatan habrán destrozado sus velos y abandonado el nido de sus amores?

No entremos, no.

Los cautivos de Israel no hallan otro medio de dar á conocer su dolor en Babilonia, que colgando de los sauces de sus riberas las arpas y los salterios con que un día cantaban en los desiertos las glorias de su señor.

Cautiva tú, pobre alma, en las cárceles de estas hermosas, nada te resta ya: sal de su recinto y cuelga lejos de él ese encanto, sueño un día de tu amor: las dichas que se sueñan, siempre en los desengaños se las realiza con lágrimas.

Adán y Eva no tuvieron esperanza hasta que lloraron: es preciso en este mundo la dicha para saber la felicidad que se pierde.

Y es que yo la he perdido por completo.

Apenas pisé vuestros mares, mi alma se estremeció.

Miré al cielo: las estrellas brillaban con suaves y para mí desconocidos destellos.

Así miran las vírgenes, me dije: *así deben de mirar ellas.*

Y miré al espacio.

Las brisas murmuraban cantares de suavísima ternura.

Así sonrien las hadas, murmuré: así deben sonreír ellas.

Y me fijé en el mar.

Las ondas se rizaban con voluptuosas ondulaciones: la luna rielaba sobre la estela de las aguas como diciendo: hé ahí el camino de tu esperanza: yo bendije á la luna: las ondas murmuraron un suspiro: así suspiran ellas, exclamé: y sin ser dueño de mí, adoré en silencio en brisas, ondas y estrellas, la gracia, la pureza y el encanto de vuestra noble hermosura.

Poco despues todo era huido.

El sol brillaba ya en el firmamento: las ondas no gemían: las estrellas no fulguraban; el espectáculo, sin embargo, era para mí de un encanto sobrenatural.

¡Estaba frente de Cádiz!

Es decir, frente á mis sueños, frente á mi gloria, frente á mi constante ilusion.

Los elegidos de Dios, cayeron de hinojos al divisar de lejos la ciudad prometida, que cual cariñosa madre parecia estender sus brazos para estrecharlos en su seno.

Sin contarme entre ellos, no sé lo que hubiera hecho á estar solo, al divisar entre las aguas la sultana de los mares, elevando hácia los cielos los blanquecinos brazos de su religion.

Feliz ciudad aquella, que con lo primero que sorprende al caminante es con las sagradas cúpulas de sus templos, que parece le gritan desde lejos:

„Ese lugar donde apuntamos, es á donde se elevan las miradas de estos habitantes: no entres en su recinto, si has de violar las profundas tradiciones de sus mayores.“

Y ahí donde yo miraré, voluptuosa y encantada ondina: ahí donde yo miraré: que siempre fué la religion el bálsamo de la desventura humana.

Ya estoy frente á Cádiz.

Ah! no fué Eneas tan feliz al ver salir á Anio el monarca con mitra y virente lauro á recibirlo, como yo al ver llegar hácia mi embarcacion en los prosáicos lanchones del puerto, al gallardo marinero que debia conducirme, no al pueblo santo del fatídico Apolo como á Eneas, sino á la ciudad por excelencia, tambien

santa y fatídica; si bien santa por sus virtudes; fatídica por sus galanuras.

Anquises, al contemplar desde su nave un pueblo griego, en cuyos prados rumiaban tranquilamente cuatro frisonos, blancos como la nieve, esclama:

„Este ganado que libre rumia, es señal de guerra: aprestemos nuestros corceles para el combate.“

Pero despues, viéndolos sujetos á un carro, esclama:

„Signo es de paz.“

Y acto continuo, implorando el auxilio de Palas, penetra en el hospitalario albergue, seguido de sus numerosas falanges.

Yo, mas temeroso que Anquises, al ver de léjos las babilónicas murallas de la ciudad, esclamo:

„Fuerza es volverse.

Pero al contemplar sobre ellas algunos niños retozando, murmuro:

Signo es de paz.

Y encomendándome á las Gracias, penetro tranquilo en su misteriosa mansion.

Pero ¡oh desdicha humana!

Las horas, los dias se deslizan y ni unos ojos me han iluminado, ni unos labios me han respondido: ¡no hay gaditanas! Venus se las ha llevado para poblar sus mansiones de cristal.

¡No hay gaditanas!

Feliz Colon, que aun le fué dado gritar: ¡hé ahí la tierra!

Yo he cruzado los mares, he corrido en pos de la ciudad de las dichas, he llegado á ella y como las sombras de Macbet, se han estinguido, apenas mi mano se ha posado sobre ellas!

¡No hay gaditanas!

Sin embargo, yo las buscaré, aun cuando para ello tuviera que descender á las mansiones donde Venus ha debido convertirlas en ondinas: yo bajaré, y si las hallo, prometo con toda mi alma consagrarlas algunos cantares, con mas amor, que el caudillo teucro á la hermosa Dido, cuando protegido por Télus y Juno, la consagra en medio de hórrida tempestad, los arrebatados latidos de su corazon.

Cádiz 21 Mayo 1858.

SEBASTIAN DE MOBELLAN.

CANTICO A LA VIRGEN.

¡Salve, la Reina del celeste coro!
¡Salve, la fuente de salud y vida!
¡Fúlgida rosa de fragancia eterna!
Cándida Virgen!

¡Salve, la esposa del Señor ungida!
¡La dulce madre del Cordero amante!
¡La triste viuda del Golgota santo!
Casta María.

Vistióte el sol con rubicundo fuego,
Aureo coturno te calzó la luna,
Y mil estrellas en tu frente trazan
Blanca aureola.

Himnos el cielo de alabanza entona,
Himnos el mundo que su luz te aclama;
Nubes de aroma del altar se elevan
Y á tu pié suben.

Sales airosa del gallardo manto
Que el dulce arcángel presuroso lleva,
Y del querube las doradas alas
Forman tu trono.

Oh! ¡Cuán hermosa de fulgor vestida
Bajas al alma del que sufre y llora,
Blanca azucena del jardín eterno,
Luz inefable!

Cuando bañaba mi megilla el llanto,
Cuando cerrados á la luz mis ojos,
Renombre, vida, porvenir y amores
Diera al olvido;

Cuando corriendo tras mentida lumbre
Que dulce vida al corazón prestaba,
Hallé tan solo al despertar gozosa
Blanco sudario;

A mí viniste cual veloz paloma
Que el nido tiene dó el dolor acrece,
Dulces ideas de tranquilos goces
Tú me inspiraste.

Yo ví el fantasma revolar fugace
Llevando en pos el llanto y la tristura;
Dulce esperanza al corazón tragiste,
Y almo consuelo.

Entonces, Virgen, de mi lira triste
Himnos brotaron de esperanza y vida,
Y alcé mi voz á celebrar tu gloria
Lejos del mundo.

Aquí ni ruido ni profanas voces
Turban, Señora, mi tranquilo canto;
Todo es silencio, soledad y calma.
¡Gloria á María!



Aquí, Señor, del Hacedor supremo
Conoce el hombre la potente mano;
Aquí, Señor, elevaré mis preces,
Flor solitaria.

¡Salve, la Reina del celeste coro!
¡Salve, la fuente de salud y vida!
¡Fúlgida rosa de fragancia eterna!
¡Cándida Virgen!

¡Salve, la esposa del Señor ungida!
¡Salve, la madre del Cordero amante!
La triste viuda del Golgota santo!
¡Casta María!

LA CASA DE ROCAFORTE.

NOVELA ORIGINAL
POR

D.^A FELICITAS ASIN DE CARRILLO.

(CONTINUACION.)

“Padre mio: puesto que no me dejais cumplir lo que la conciencia y el mas puro sentimiento me imponian, he determinado separarme de un mundo en el cual no puede haber felicidad para mí. Perdonadme y recibid el último adios de vuestra hija—*Casilda*.”

—Mi hermano tiene la culpa! dijo aquel desventurado padre y cayó sin sentido.

Entre tanto dos labradores del pueblo de Liedena que iban á sus faenas, al pasar por el Puente del Diablo encontraron un vestido de mujer y un manto con un papel encima que decia: *Casilda Navarro se despide del mundo en el rio Irati. Rogad á Dios por ella!*

III.

Quince dias habian transcurrido desde los acontecimientos que anteceden, y Sangüesa, que desde la inundacion parecia cubierta de luto y herida de muerte, daba por primera vez algunas señales de vida. Los balcones de las pocas casas que habian quedado subsistentes, estaban engalanados con vistosas colgaduras, y un repique general de campanas anunciaba algun acontecimiento notable. Las tropas acantonadas en la ciudad habian formado á la salida del puente, sobre el cual se agrupaban numerosos vecinos. De allí á poco se vió venir á lo lejos una gran cabalgata compuesta del virey que llegaba con toda su familia.

Este viaje tenia varios objetos, siendo los principales el cumplimiento de una promesa que á Sta. Agueda de Rocaforte habia hecho la vireina y el de querer enterarse por sí mismo el virey de los estragos causados por la inundacion, como asimismo del eminente servicio prestado por el jóven Jimeno, cuya fama habia llegado á traspasar los muros de Pamplona. Sabiase ya en todas partes su valeroso comportamiento, su amor por la hermosa Casilda, la desaparicion de esta, originada por la ingrata negativa del orgulloso Navarro, cuya conducta contrastaba tanto con la del virtuoso sacerdote su hermano. Finalmente, las desgracias de Jimeno le habian hecho simpático para todo el mundo, y el virey de Navarra queria conocerle.

Así, pues, lo primero que hizo este, despues de haber descansado un dia, fué dirigirse á Rocaforte con toda su familia, compuesta de su esposa, de Elena su hija única, y de su sobrina la tierna y delicada Herminia. En Rocaforte debian ver á Jimeno y cumplir con su cristiana promesa, celebrando una nóvena en honor de la santa. Esta solemnidad religiosa debia ser dirigida por el virtuoso cura Navarro, el cual, avisado de antemano, esperaba á sus huéspedes despues de haber adornado la iglesia y hechos los preparativos necesarios en su casa para recibirlos dignamente. Cuando se presentó el virey con las tres damas que iban con él y alguna otra persona de su séquito, el sacerdote salió á recibirle. Al ver llegar á sus ilustres huéspedes,

—Perdonadme, señor, dijo al virey, que no haya ido á felicitaros por vuestra venida, con la cual honrais este rincon de nuestro pais; pero desde la desgracia ocurrida con la desaparicion de mi sobrina, apenas me atrevo á presentarme en público.

—Lo sé todo, contestó el virey, alargándole la mano que el anciano estrechó con respeto. Me duele sobremanera esa desgracia, porque yo tambien conocia á la interesante Casilda, que era la mejor amiga de mi Herminia. Siento tambien el infortunio de ese pobre jóven que creo vive con vos y quisiera conocerlo.

—Esa ha sido otra de las razones por la cual no pude ir á visitaros, repuso el buen cura; temia dejarle solo y que se entregase demasiado al esceso de su dolor.

—¿Se encontraba tan poco conforme? ¿No habeis podido con vuestros sanos consejos hacer que ese pobre jóven tenga resignacion para soportar su desgracia?

—Ah, señor! Jimeno ha estado á punto de volverse loco. Por espacio de ocho dias lo he creido así; en él no hacian impresion mis re-

flexiones porque no las oia. Ahora es diferente; aunque alguna vez sienta accesos terribles, lo comun es verle triste y apesadumbrado. En este caso me oye y mis palabras le hacen algun bien; pero todavia no me atrevo á dejarle solo.

—Haceis perfectamente; pero decidle que venga; quiero verle.

Esta conversacion habia pasado en un pequeño salon hasta el cual les condujo el cura. Este salió en busca de Jimeno, y el virey quedó esperando con su familia.

Elena y Herminia eran dos jóvenes en extremo interesantes. La primera, un verdadero tipo oriental con sus grandes y negros ojos, su tez un tanto morena, sus rubicundos labios, sus largas trenzas de negros cabellos y su brioso y elegante talle. La segunda tenia una fisonomía dulce y melancólica. Estaba preocupada y triste.

La vireina era una señora entrada en años; finos modales revelaban su buena educacion.

Los tres, especialmente Herminia, tenian grandes deseos de conocer á Jimeno, y así lo habian manifestado en la conversacion que acababan de tener.

—Pobre jóven! dijo Elena. Cuánto habrá sufrido! Perder á una mujer que amaba tanto!

—Y una mujer como Casilda! repuso Herminia con las lágrimas en los ojos. Yo que la he tenido de compañera cuatro años en el colegio, puedo apreciar lo mucho que valia. Recuerdo la última vez que nos vimos. Teniamos nuestras manos unidas, como lo estaban nuestras almas, y pensábamos en otras próximas entrevistas. Estaba muy bella y nada la afectaba mas que nuestra separacion.

—¿Quién diria, observó Elena, que habia de tener un fin tan desgraciado?... Pero ya no tiene remedio.

—Pobre Casilda! si ella estuviera...

—¿Quién habla de Casilda? dijo en esto una voz que salia de un balcon que estaba cerrado.

Todos volvieron entonces sus ojos y repararon en un jóven que habia permanecido oculto en un ángulo saliente del balcon sin que nadie pudiese verlo, hasta que al oír pronunciar el nombre de Casilda, se enderezó rápidamente y empujando la puerta que él mismo habia entornado, entró en el salon como fuera de sí.

—He oido hablar de Casilda, exclamó: ¿quién habla de ella? Dónde está? Ah! no es ella, no; añadió despues de haber examinado con una sola ojeada á las tres mujeres, cuya sorpresa era grande. Luego sintiéndose abatido y sin fuerzas se dejó caer sobre un sillón ocultándose el rostro con las manos.

El virey le contempló en silencio.

—Es él, dijo la vireina.

—Desgraciado! dijeron los demás.

Después de esta exclamación las dos jóvenes permanecieron en silencio; pero su vista no se separaba del joven, el cual á pesar de su dolor tenía una figura interesante y simpática.

Un instante después penetró en la estancia el cura Navarro que no había podido encontrar á Jimeno en toda la casa, hasta que su vieja ama le dijo donde estaba. Al entrar reparó en él y exclamó.

—Aquí lo teneis, señor.

—Me lo había figurado, contestó el virey. Acercaos, joven, prosiguió dirigiéndose á Jimeno: estais delante de vuestro virey. Tanto yo como estas señoras deseábamos veros.

El joven se levantó como movido por un resorte, y haciendo un respetuoso saludo procuró excusarse pronunciando algunas palabras.

—Perdonadme, dijo; el dolor me estravia y me hace aparecer como un insensato. De otra manera yo no hubiera faltado á la buena educación, al respeto que me merecen vuestras canas y á las consideraciones que deben guardarse con las señoras.

—Sois un joven cumplido y atento cuya suerte me interesa, respondió el virey. Templad vuestro dolor y consolaos.

—Consolarme! imposible! Vos no sabeis, señor, que yo amaba á un ángel, cuyo tesoro de bondad y hermosura he perdido para siempre. Yo escucho su voz; me parece que me llama, y sin embargo, soy tan cobarde que estando en mi mano seguirla, todavía no lo he hecho....

—Eso es impropio de un cristiano y de un hombre de corazón, hijo mío. Dios no ha tocado todavía con su dedo poderoso en el libro de vuestro destino, y no podeis por consiguiente atentar á una existencia que solo pertenece á vuestro criador. Vos necesitais vivir para rogar por ella y para mostrar que no sois, como habeis dicho, un cobarde. La verdadera cobardía está en no saber soportar los dolores. Teneis además una patria á la cual pudiérais ser útil y yo os reclamo en su nombre. ¿Queréis seguirme á Pamplona? Yo cuidaré de vos como pudiera hacerlo un buen padre.

—Sois muy generoso, señor.

—Entrareis al servicio de vuestro rey. ¿Quién sabe si de este modo hallareis la muerte que buscáis, pero noble y gloriosa? Aceptais?

—Acepto, respondió al fin el joven después de haber meditado un instante.

En aquel momento la cortina de una alcoba que había en el pequeño salón se movió ligeramente, como si la ondulacion de un vestido de mujer hubiese rozado en ella comunicándole aquel movimiento.

—Son las tres, dijo la vireina que había estado hablando con el sacerdote, interin Herminia y Elena permanecieron silenciosas. Creo que pronto debe comenzar la novena: ¿no es cierto?

—Todo está preparado, contestó el cura; solo se esperan vuestras órdenes, señora.

—En ese caso, vamos.

Todos fueron bajando y las dos jóvenes se quedaron un tanto rezagadas. Herminia especialmente iba tan pensativa y preocupada, que apenas reparó en su prima que la acompañaba.

—Vamos, Herminia, le dijo Elena; ¿en qué piensas que no te coges de mi brazo? Apresúrenonos; la novena va ya á comenzarse.

Herminia se apoyó en el brazo de su prima y esta prosiguió:

—Me afecta verle tan triste.

—No puedo olvidar á la pobre Casilda, y luego.... debo decirlo; me ha afectado mucho la desgracia de ese joven, que sin duda la hubiera hecho feliz.

—Verdaderamente es digno de lástima; pero no pronuncies el nombre de Casilda. Ya sabes el efecto que causa en él.

—Tienes razón; lo pronunciaremos en silencio mezclándole con nuestras oraciones.

Atravesaban en esto un tránsito oscuro que conducía de la casa á la iglesia, y por el cual habían pasado ya todas las personas que debían asistir á la función. Las dos jóvenes creyeron percibir el rumor de algunos pasos, volvieron la cabeza y distinguieron perfectamente un hombre desconocido cuya sombra se deslizó rápida y misteriosa por todo lo largo del pasadizo. Herminia y Elena sintieron un impulso involuntario de terror, y aceleraron el paso entrando al fin en la iglesia que estaba brillantemente iluminada.

IV.

La novena de Sta. Agueda se celebró aquel día y los restantes sin cosa notable que sea de contar. El virtuoso sacerdote exhortaba continuamente á Jimeno para que se conformase con su suerte, procurando con sus santos consejos que no le fuera tan sensible la pérdida irremediable de Casilda. El pobre joven le escuchaba silencioso, pero no dejaba de hacer impresion en su ánimo aquel cariño con que le trataba el sacerdote. Ciertamente es que alguna vez se sintió tentado de echar á correr y arrojarse luego por el Puente del Diablo, pero le detuvo siempre la idea de la honda pena que había de causar al generoso anciano, con lo cual desistió completamente de aquellos proyectos.

Llegó al fin el último día de la novena. Terminada esta solemnidad religiosa, todos se dirigieron al jardín de la casa donde debían tomar el chocolate para marchar en seguida. El jardín, aunque pequeño, estaba bien acondicionado y el día se ostentaba apacible y hermoso. Los árboles que todavía prestaban alguna sombra, las flores tardías que dejaban escapar sus agradables perfumes, el bonito mirador, desde el cual se descubría una porción considerable de terreno, bañado por el río Aragón que besaba los cimientos de la ciudad vecina, todos estos accidentes, estas vistas realzadas por los rayos de un rico sol de invierno, hacían que el alma se elevase á Dios reconociendo su inmensidad suprema. Añadid á esto la presencia de un anciano venerable con su traje talar y sus blancos cabellos; un caballero de edad madura, cuyo espresivo semblante revelaban también la honradez; una madre cariñosa: dos jóvenes, casi dos niñas, que hablaban en voz baja apoyándose la una cariñosamente en el brazo de la otra, y hallareis un cuadro tan encantador como sencillo.

Nos olvidábamos de otra persona, de Jimeno. El pobre joven parecía mas triste que nunca. Todo para él pasaba desapercibido, porque todo le era indiferente. Alejado del grupo que antes hemos descrito, solamente pensaba en que dentro de pocos momentos debía partir de aquella casa querida donde antes había visto cien veces á su adorada Casilda, y donde un poco mas tarde llegó á recibir del cura Navarro tantos consuelos y tantas pruebas de cariño y paternal solicitud. Aquella casa y aquellos sitios envolvían para él los mas suaves y mágicos encantos. ¡Había vertido tantas lágrimas en aquella comarca solitaria! Subido en estos momentos en el pequeño mirador, sus ojos se fijaban en Sangüesa y en el camino del Ausella.

(Se continuará.)

CORRESPONDENCIA.

Sr. Don B. L.: *Granada*.—El día 16 del corriente se le duplicó el número del 2 que reclamaba.

Sra. D^a G. V. de N.: *Orense*.—Queda tomada nota de su suscripción por 3 meses, desde 1^o de Mayo.

Sr. Don J. A.: *Madrid*.—Id., id.

Sra. D^a C. P.: *Valladolid*.—Habiendo avisado el corresponsal de esa, que había V. renovado su suscripción por 3 meses desde 1^o de Abril se hizo el asiento correspondiente. Ahora remite V. 57 sellos de correos importe de otros 3 meses, y queda V. suscrita hasta fin de Octubre.

Sra. D^a A. B. de A.: *Oviedo*.—Se le ha remitido el patron que reclamaba.

Sr. Don J. R.: *S. Fernando*.—La música y figuras del baile que V. pide no existe.

Sr. Don J. P.: *Vich*.—Es de conformidad el contenido de la suya del 8 del actual.

Los Sres. suscritores á LA MODA que, terminando su abono al fin del presente mes, y cuya lista se pone á continuacion, quieran seguir recibiendo el periódico, pueden remitir el importe de un trimestre en sellos de correos, ó libranzas de tesorería, ó dar aviso por conducto de los corresponsales.

Sr. Don F. M.: Málaga.	Sr. Don P. L.: Segura de
2 suscripciones.	Leon.
" " A. A.: Ronda.	" " P. de las H.: Gi-
Sra. D ^a L. A. de S.: Ma-	jon.
drid.	" " R. M. y G.: Sa-
" " D. F.: Madrid.	lamanca.
" " C. G.: Sevilla.	" " M.C.M. Alhama.
" " L. G.: id.	" " J. G. C.: id.
" " A.V. y B.: id.	" " J. M.: Mezquita.
" " A.B. y M.: Mula.	" " S. G. C.: Haro.
" " C. M.: Vich.	" " L. M.: Oviedo.
" " C. J.: Chiclana.	Sra. D ^a A. A.: Toledo.
" " C. V.: Villamar-	del C. R.: id.
tin.	D ^a J. G.: id.
" " A. A.: Benazque.	de B.: id.
" " F. E. y D.: Alca-	de A.: id.
lá de los Gazules.	del C. M.: id.
Sr. Don G. M. y C.: Al-	D ^a E. O. de M.: id.
mería.	de S.: id.

Solucion del geroglífico anterior.

Las ciencias siempre son atendidas por los reyes.

EDITOR RESPONSABLE:

DON LÁZARO ESTRUCH Y FERNANDEZ.

CADIZ: 1858.—Imprenta de la Revista Médica á cargo de D. Juan Bautista de Gaona, plaza de la Constitucion, núm. 11.

